

EL HORIZONTE.

Edición de Madrid.

Madrid. — Viernes 16 de Diciembre de 1889.

Año I. — Número 4.

MADRID.

Revista política extranjera.

Algunos de nuestros lectores acaso nos crean inoportunos porque insistimos diariamente en hablar, ante todo, sobre el próximo Congreso; pero aparte de que el asunto es interesante para los pueblos, pues que en él va a pretenderse dilucidar una grave cuestión europea, se añade el que las correspondencias que de todas partes recibimos vienen reducidas a tratar sobre el Congreso, y la carencia de noticias de los diversos países es completa. Parece que la política europea ha detenido su curso para esperar el acontecimiento que se prepara; acontecimiento en el que muchos fundan risueñas esperanzas, bastantes le aguardan con temor, y algunos creen que hubiera sido muy útil antes de la guerra; pero que ahora acaso no producirá el resultado que se apetecía, porque es más fácil conceder derechos que no se tienen, que reformar los adquiridos, siquiera sean contra la legalidad y la justicia.

La noticia más importante relativa al Congreso, es la resolución que se dice tomada por Austria y Francia de no admitir a él ningún delegado ni representante de la Italia central cuyos gobiernos no hayan sido reconocidos por las cortes europeas. Esto quiere decir que la Francia y el Austria están decididas a restablecer los duques en la Italia central, sobreponiéndose a la voluntad de los partidarios de la soberanía de los pueblos.

Cosa muy natural nos parece, respecto al Austria, este deseo; y no era de esperar otra cosa del emperador de los franceses.

Tal decisión será aplaudida por todos los hombres pensadores, amantes del principio de autoridad, que miren imparcialmente la justicia de la causa que se defiende.

Pero lo más raro, lo más extraño en esta cuestión, de tanta importancia para la Europa, es que la Rusia se asegura que estará al lado del principio en que se fundan los pueblos para darse la forma de gobierno que tengan por conveniente. Dicese que esta potencia es probable que vote con la Inglaterra, con arreglo a dicho principio.

No lo creemos. Rusia unida con la Inglaterra en semejante cuestión? ¡Rusia, la representante del derecho de los reyes y de las antiguas monarquías, volando con la Gran-Bretaña el triunfo de la revolución popular! No nos parece posible, y necesitamos verlo para dar crédito tan manifiesta contradicción. Aunque a la verdad, presenciamos continuamente tantas evoluciones, de tantas clases, lo mismo respecto a la política interior de los pueblos, que a la de las relaciones internacionales; tanta inconsecuencia en las prácticas gubernativas, en los sistemas y en las doctrinas, que de nada deberíamos sorprendernos en esta parte.

Decididamente se ha acordado que lord Cowley representará a la Inglaterra. En un principio se pensó en lord Palmerston, como el más a propósito para llenar esta alta misión; pero se desistió de ello, según unos porque, como ya hemos indicado anteriormente, su presencia era indeseable en el Parlamento inglés; y según otros (y aquí sustituye a la política la malicia), porque no habla el idioma francés, en que han de celebrarse los debates.

Una correspondencia de Viena desmiente los rumores propagados respecto a la participación del gobierno papal en el Congreso. La Santa Sede no es cierto que haya declarado no querer hacerse representar en París, mas que con la condición de que las potencias habían de garantizarle la integridad de los Estados romanos. El gobierno del Papa solo hubiera pedido, en todo caso, que su plenipotenciario fuese expresamente reconocido como representante del Estado pontificio, inclusa la Romanía.

Ignoramos hasta qué punto serán ciertas las noticias de esta correspondencia; pero semejantes cuestiones, aunque no dejan de tener su importancia relativa, al fin y al cabo son únicamente de mera fórmula, y nada implican para la marcha futura del Congreso.

A propósito de la Santa Sede; parece que el gobierno pontificio ha redactado un *memorandum*, en el que espone didácticamente todos sus agravios, y una Memoria en contestación a algunos artículos del *Siecle*, en la que figuran como documentos justificativos varios fragmentos de la correspondencia particular del emperador de los franceses.

En Lyon se ha acordado dirigir una manifestación al Santo Padre, para la cual se estaban recogiendo firmas, concebida en estos términos:

«El poder temporal, tal como vuestra Santidad le ha recibido de los soberanos pontífices sus predecesores, es la garantía necesaria para la independencia de la Silla apostólica. Nos han afligido profundamente los atentados cometidos contra vuestra auto-

ridad, y los reprobamos con toda la energía de nuestras convicciones.

«Dignas aceptar los ardientes votos que hacemos para que Dios tome los corazones estraviados, devuelva la paz a vuestros pueblos y conceda a la santa Iglesia un triunfo brillante sobre sus enemigos.

«Humildemente prosternados a vuestros pies, os rogamos nos dirijáis vuestra bendición».

Una correspondencia de Turin asegura que los dos dictadores de la Italia central, Farini y Ricasoli, deben dirigirse a París en la época del Congreso.

Todos están unánimes en reconocer, como nosotros lo hemos hecho, la mezquindad de las facultades que se conceden a Buoncompagni.

El correspondiente del *Times* escribe desde Florencia a este periódico:

«Es difícil decir lo que representa Buoncompagni, a menos que no desempeñe el papel de un coloso de Rodas, a caballo sobre los Apenninos, viendo todo lo que pasa a sus pies, pero con las manos atadas a la espalda; parece, en cierto modo, un lazo de unión diplomática».

«Es un mal síntoma que esta sombra de poder no haya conseguido calmar los escrúpulos de Ricasoli; esto prueba que él juzga, mas seguro, conservar los destinos de su país en sus propias manos; que confiarlos a un gobernador enviado por el Piemonte».

Se habla de un acontecimiento sucedido en la colonia francesa de la Nueva Caledonia, que, según los periódicos de Londres, podría quizá producir reclamaciones de parte del gobierno británico.

Parece que las autoridades francesas de la Nueva Caledonia habían mandado fusilar a tres ingleses acusados de haber provisto de armas y municiones a los indígenas, despreciando las órdenes que les pedían semejante tráfico. Aunque los diarios de la Gran Bretaña quieren suponer que fué un atropello, lo cierto es que los tres ingleses fusilados habían realmente cometido algunos verdaderos actos de hostilidad contra las autoridades francesas, y recibieron el castigo después de un procedimiento concienzudo y serio. Este verso se nos figura la mas verosímil, porque ya conocemos el carácter de la Inglaterra, que en varias ocasiones ha producido iguales ó parecidos disgustos en el mismo sentido; y en contra de otros países con quienes parecía hallarse en buenas y amistosas relaciones.

Las noticias de Méjico han disipado las últimas dudas.

Ni Miramón ni Marquez han dejado a Méjico, y el general no se ha pronunciado por Santa Ana; solamente no ha querido desprenderse todavía de los 2.800.000 piastres de que se apoderó, diciendo que este dinero era útil para resistir a los americanos.

Por lo demás, la victoria ha favorecido en muchos encuentros las armas de Miramón y de sus tenientes; las tropas liberales han sido completamente batidas, y están enteramente desalentadas.

Nada se opondrá ya a que Miramón vaya a sitiar y tome por asalto a Veracruz. Sin embargo, el partido revolucionario, aunque sea triste decirlo, es todavía bastante fuerte en Méjico para tomar mas tarde una estrepitosa revancha.

Otra desgracia tenemos hoy que anunciar. Un despacho de Constantinopoli dice que el representante del príncipe de Montenegro en aquella capital, ha sido asesinado.

Buenos principios de moralidad van cundiendo entre los pueblos para garantizar la seguridad individual y el respeto que se debe a los altos funcionarios, especialmente a los representantes de las potencias amigas!

La Discusión nos dirige algunas palabras a las cuales debemos alguna respuesta.

Que el partido moderado no es el de *La Discusión*, parecemos cosa tan averiguada, que no valia la pena de que nuestro ingenioso contemporáneo nos lo dijera. Tampoco era en gran manera preciso que nos diese nuevas seguridades de las antipatías, políticas se entiende, con que nos distingue. Todo esto está dicho y estra-averiguado. El partido democrático español, tal y como existe con su organización aparente, y con su mecanismo verdadero, con su doctrinarismo, y vendrá ocasión en que espigüemos esta palabra, con su amor a la autonomía individual, con sus grandes oradores, con sus grandes demagogos, con sus turbas ignorantes, con sus aparatos filosóficos, y revolucionarios, es un hecho político y hasta social muy importante que, el partido moderado debe estudiar sin duda; pero es tambien una entidad que no puede avenirse en manera ninguna con las ideas, con la organización administrativa, con el estado

social y político que defiende y defenderá por muchos años al partido moderado. Diremos mas; si algun partido hay en nuestra patria que pueda destruir y aniquilar la obra de propagación y la importancia exagerada del partido democrático en España, ese partido es el nuestro. No nos admira, pues; que *La Discusión* nos acija en la manera y por el estilo que lo hace. Tenemos, sin embargo, que agradecerle la forma cortés que dá a su pensamiento. No podía ser otra la que adoptaran escritores sinceramente adictos a sus ideas y habituados a respetar la sinceridad de sus adversarios.

Dice *La Discusión*, que no podemos esperar un programa, porque nos falta ni criterio absoluto para apreciar y resolver todas las cuestiones. Aquí está el ítem. Parecemos, con perdón de nuestro contendiente, que es demasiado orgullo eso de figurarse el hombre que ha tropezado con el gran secreto de todas las cosas; es decir, con el criterio absoluto, por cuya aplicación todas las cuestiones quedan acertadamente zanjadas y resueltas. Ni el partido moderado, ni el democrático; ni ningún partido, ni criatura ninguna mortal posee ese criterio absoluto, ni esa fórmula de acierto de que habla *La Discusión*, y que se nos figura, ó la mas insignificante, ó la mas audaz pretensión de la miserable soberbia humana. Venga ese criterio absoluto, venga ese programa de el acierto, y sin salir de la esfera de la filosofía que lo engendra y amamanta, y sin emplear otras razones que las de los mismos apóstoles de las doctrinas democráticas, probaremos que ese ideal absoluto de cuya esencia se supone *La Discusión* exclusiva poseedora, ni es criterio, ni es absoluto; y que ese programa tan celebrado no es mas que un arma de destrucción, ni sería realizada por sus mismos autores, aunque mañana mismo fuesen llamados a realizarlo en el gobierno. Esclamamos en el caso de coger, como dice Carlyle a los espectros que parecen sobrenaturales, por la barba y decirles: *And if you wert preter-natural!* Vámonos si sois tan preternaturales como pareceis; vámonos si todo eso de que *La Discusión* habla con tan dogmático énfasis es cosa de veras ó pura armazón y maquinaria de guerra; es decir, ó pura y sencilla preparación revolucionaria. Sobre este punto es menester ilustrar vigorosamente las conciencias de los ciudadanos y de las clases que, teniendo algo que perder, no quieren anegarse en el diluvio de la democracia.

Como gran pecado mira *La Discusión* el que tomemos nosotros las cuestiones como se presentan. Quisiéramos saber cómo las tomarían en el poder los escritores de *La Discusión*. No podemos llegar a esta averiguación porque las ideas de *La Discusión* no han predominado en el gobierno; pero permitámonos nuestro buen colega que le hagamos la justicia de suponerle bastante sentido común para no resolver las cuestiones sino como se presentan. Pues ¿cómo, si no es así, pueden resolverse? Es mucha manía esta de querer hacer que el mundo se plegue y modifique al compás y a la exigencia de eso que la autonomía individual llama en su prodigioso desvanecimiento criterio absoluto; de eso contra, cuyas efímeras obras están protestando a cada instante las violencias lastimosas de irremediables reacciones.

Las cuestiones son lo que son; vienen cuando y como vienen, y no se pueden resolver sino por lo que ellas sean, y según la forma y el tiempo en que vengan. Resolverlas de otro modo no es, por vida nuestra, resolverlas, sino complicarlas.

Sobre la razón de Estado que hicimos uso en nuestro primer número, dice *La Discusión* algunas cosas a que nos conviene contestar. El Estado lo es todo como conjunto; el individuo es una parte de ese conjunto. *La Discusión* pasa del individuo al Estado de un golpe. Nosotros del individuo, subiendo, pasamos a los grupos que estos individuos análogicamente constituyen, y al concluir en el conjunto abrazamos todas sus partes en sus relaciones, tal como existen, no en la manera que este ó aquel partido, por virtud de teoría filosófica, preestablecida, quiera que existan. La autonomía individual no

es más ni menos que lo que ella sea. ¿Es? Pues que sea. ¿No es? Pues no haremos que sea, aunque tengais millones de guardias nacionales a vuestro mandato, y un comité de salud pública con su gillotina detrás de cada esquinazo.

El partido conservador no establece el predominio de ninguna clase sobre otra. Lo que acerca de esto dice nuestro colega, es radicalmente falso. Las clases existen porque tienen fuerza para existir, y obran según la fuerza de acción de que están dotadas. Esas clases infimas, a las cuales se estravia y se insulta con el incensario de la lisonja, no tienen el derecho electoral, por la misma razón que priva a los niños del de hacer testamento. ¿Por qué no llama a votar *La Discusión* a las mujeres y a los menores de veinticinco años? ¿Qué? ¿Las mujeres y los varones de veinte años, no tienen tambien su autonomía individual? Espliquemos esta contradicción nuestro colega y nos entenderemos.

Mala empresa dice *La Discusión* que es la de defender al partido moderado. Allí veremos. Entre tanto, peor empresa que la de patrocinár al nuestro partido, se nos figura la de paliar con malas escusas los crímenes que en nombre de la libertad se han cometido y se cometerán aun por los partidos revolucionarios. *La Discusión* no desea que El Horizonte llegue a ser ministerial; lo comprendemos. El Horizonte corresponde a este añoso anhelo con una afirmativa. Estamos seguros de que *La Discusión*, a no cambiar de ser, cosa imposible estando, como está, en posesión de un criterio absoluto, vivirá y morirá sin defender nunca, sino muy a la ligera, a ningún gobierno.

Es digno de llamar la atención el empeño que muestran los periódicos ministeriales por imponer silencio a las oposiciones, a título nada menos que del patriotismo.

En este empeño de nuestros colegas creemos descubrir algo de falta de lógica, y algo de sobra de candidez. Para imponer silencio a las oposiciones, basta y aun sobra el ministerio fiscal; mas si el ministerio fiscal no ejerciera su cargo con tan esmerado celo, si la prensa de oposición discutiera ampliamente, en una palabra, si la prensa gozase toda aquella libertad que la unión liberal cantaba cuando era oposición, los colegas ministeriales podrían oponer razones a razones, contender políticamente, y siempre sería entonces mas gloriosa una victoria ganada en buena fe que la especie de triunfo con que se enorgullecen ahora; interin una fuerza superior reprime y asegura a los contrarios. La prensa adicta puede decir cuanto quiera, la prensa moderada no dice sino lo que puede. ¿Llegará un día en que la prensa de todos colores diga solamente lo que deba? Hay algo de falta de lógica, suponiendo que todo ello no sea un sarcasmo, en las censuras que por lo que dice dirige a la prensa de oposición su hermana ministerial, y en las acusaciones que por lo que calla se permite formular tambien con dolorosa frecuencia.

Año y medio cuenta de existencia la actual situación; jamás prensa alguna ministerial ha llevado a mayor altura la alabanza ni a mayor depresión el vituperio. ¿Será posible que no haya hecho nada, absolutamente nada, desoatado ni reprehensible el ministerio O'Donnell, compuesto al fin y al cabo de mortales que han nacido con el pecado original? Y formulando de otra suerte la pregunta: ¿será posible que ni una sola vez, ni una tan sola, haya tenido razón, haya obrado cuerda y prudentemente la prensa de oposición? Estas dos preguntas convertiría en verdades inconcusas quien no leyese mas periódicos que los semi-oficiales y al de ellos ajustara su criterio; pero si el país se fija, como de cierto se fijará, en que las alabanzas hiperbólicas y las censuras apasionadas de la prensa ministerial salen a luz del día y libremente circulan, interin son tachados con deplorable repetición los artículos donde se rectifican parciales apreciaciones y se consignan verdades amargas, y se rebaten errores funestos; si el país se convence de que las armas no son iguales, de que la lucha

ofrece visible desventaja, ¿qué juicio formará de los que emplean su libertad de escribir en calificar de antipatrióticas a las oposiciones que no siempre se pueden defender? Por esta razón hemos creído que hay falta de lógica en la conducta de nuestros colegas; pero hemos añadido que se descubre juntamente sobra de candidez, y lo probaremos.

Se discute un tema de patriotismo: queremos imaginar que cuantas personas emplean esta palabra conocen su verdadero y genuino valor: analicemos un momento. Hay dos campos, ministerial el uno y de oposición el otro: en el campo de allí figuran todos los favorecidos por la situación; en el campo de acá todos los proscritos, los vejados, los diariamente escarnecidos. Los ministeriales, a fuer de empleados todos, consagran a bendecir a la patria y a ensalzar su patriotismo todo el tiempo que el destino les permite; el general O'Donnell, jefe y símbolo de la situación en que sirven, es un bizarro caudillo: la guerra a cuyo frente está es santa: los sacrificios que la guerra impone deben ser gratos a todos los españoles: el ministerio en la ocasión presente debe ser centro común de todos los esfuerzos y de todas las voluntades: esto repite a todas horas el campo ministerial alternando sus frases de entusiasmo con alguna que otra execración al partido moderado: son, pues, patriotas los ministeriales. La oposición moderada no necesita robar a sus pensamientos y a sus esfuerzos en pró de la patria las horas de la oficina: el general O'Donnell, que en política se ha mostrado tan enemigo de nuestro partido, es un general bizarro: la guerra a cuyo frente está es justa, simpática y verdaderamente nacional: los recursos que ella exige, sobre la clase media, sobre el gran partido moderado gravitan en proporción muy respetable: nuestro partido los ha votado sin restricción: en circunstancias como las actuales las personas de los ministerios son secundarias; la entidad gobierno es lo principal, lo preferente, y en derredor de ella deben agruparse todos los españoles; esta ha sido la predicación, este el ejemplo de la prensa moderada: queremos suponer que en el campo de la oposición hay iguales grados de patriotismo que en el ministerial; pero digámonos si a los ojos del país podrá ser igualmente meritorio y laudable el cómodo patriotismo de los favorecidos y el patriotismo sincero de los maltratados; la adhesión con halagos y la adhesión a pesar de los denuestos.

Y porque la prensa de oposición se defiende hasta donde le es posible, porque rechaza las imputaciones de la injusticia, porque condena el espíritu recriminatorio, y estas vergonzosas polémicas que el vulgo llama de *mas es ella*, por eso precisamente la prensa ministerial aplaude el rigor de la censura y se complace en el forzado silencio de sus adversarios, a título del patriotismo!

No, no es la prensa ministerial, encomiadora de los hombres de Vicalvaro y de la falange resellada, maestra de patriotismo para el partido moderado, enemigo de las insurrecciones y defensor constante del principio de autoridad; tanto valdria querer erigirse en maestro de católicos viejos un neófito recién llegado del protestantismo. La conducta de nuestro partido desde el momento en que se inició la idea de la guerra, ni en un ápice ha variado, ni en el mas leve detalle ha dejado de corresponder a la pauta verdaderamente patriótica que desde luego se propuso, y de que no se apartará a sabiendas; de idéntica manera ha procedido la prensa ministerial; desde un principio se propuso en fuerza de torcer razonamientos ofrecer a la pública antipatía partido moderado, y en esta ingrata tarea los días corren, los sucesos llegan y el propósito no se cumple. Nuestros adversarios dan a la idea de patriotismo una significación tan limitada, la encierran en círculo tan estrecho, como que para ellos es una especie de sinonimia de ministerialismo, y no están lejos de confundir la patria con el ministerio que rige sus destinos. De otro modo no se concibe que por vía de gran alarde de patriotismo rogaran a las oposiciones que conviertan en alabanzas sus censuras, que no

FOLLETON DE EL HORIZONTE.

MADAMA GIL BLAS.

RECUERDOS Y AVENTURAS.

DE UNA MUJER DE NUESTROS DIAS.

POR PAUL FEVAL.

LIBRO NOVENO.

Pero es cierto que si hubiese llegado a mis manos el número de la *Gaceta de los tribunales*, no hubiera querido abandonar la Francia, sin conocer la sentencia de Eugenia Mutel.

El segundo día de nuestro viaje se pasó exactamente como el primero.

El frío de la mañana, despertando a Cassaroux, nos devolvió su incoherente charlatanería.

Llegamos a Marsella el 20.

El 21 por la mañana subimos a bordo del *Mongibello*, famoso paquebot, sobre el cual ha pasado y repasado toda nuestra generación.

Hacia calor. La travesía de Marsella a Nápoles por la vía directa, es decir, tomando el estrecho que separa la Cerdeña y la Córcega, es asunto de dos días con sus noches. No espere el lector que yo me entrometa en descripciones.

El Mediterráneo es mucho mas conocido que el lago de Engolien.

¡Italia, la bella Italia! ¡La Italia de Virgilio y de Corina! ¡Roma la grande, Nápoles la deliciosa, Venecia la bella y la armoniosa Florencia!

¡Italia! la madre de los poetas, de los pintores y de los cantantes; la patria de Tasso, de Leonardo de Lini y de Pergolesi!

La noche del primer día estábamos sentados sobre cubierta Gustavo y yo. La mar estaba tranquila, y los rayos de la luna riaban, con esplendor sobre aquella superficie transparente.

No había ni una nube en el cielo. El capitán me decía:

—Nada puede ya separarnos; yo estaba distraída. La inmensidad del mar, que nunca antes había visto, me abismaba.

Escuchaba a Gustavo; pero mas escuchaba a mi propio corazón.

Una joven, casi una niña, que hasta entonces no había aparecido, salió de la cámara con otra mujer de cierta edad, que parecía ser su aya.

La joven demostraba en su rostro cierta languidez. Tendría unos trece ó catorce años.

Vino a apoyarse en la barandilla del puente del buque para ver el mar.

La duena permaneció a su espalda.

Al cabo de algunos minutos dijo esta:

—¿Habeis ya tomado bastante el fresco, señorita?... El señor os espera.

La joven respondió:

—Me ahogo, allá abajo, amiga mía.

¿Qué eco reveló en mi aquella voz?

Jamás había visto a la joven, ni siquiera conocía ninguna de su edad.

Me corazon latió. Un ligero temblor recorrió todo mi cuerpo.

Gustavo me habló. No puedo decir las palabras que pronuncié a mi oído.

Aquella voz me tenía sorprendida.

Hay ecos simpáticos.... Quereros explicar sería una locura; pero del mismo modo que el angelico rostro de una virgen puede parecerse a la cara barbuda de un soldado, el sonido de una voz infantil puede asemejarse al acento de un hombre.

¿Sabia yo en aquel instante qué voz conocida me recordaba la de aquella joven?

No, mi espíritu solía estar en vano mis recuerdos.

Era solo una impresión, pero profunda.

Pasaron algunos minutos.

Una cabeza apareció en lo alto de la escalera de la cámara de popa.

Éra un hombre cubierto con el capuchón de un gabán de viaje.

Y llamó:

—Señora Gastier!

La duena se dirigió hacia él.

Traté de distinguir las facciones del hombre. A riesgo de pasar por maníaca, debo decir que el sonido de su voz me hirió tambien particularmente. Pero no de la misma manera que la voz de la niña.

El capuchón me ocultaba casi enteramente el rostro

del nuevo personaje. Solo pude apercibir a la luz de una linterna colocada en el puente, dos grandes patillas encanecidas.

Ninguno de los hombres que yo recordaba, tenían semejantes patillas, y sin embargo, yo había oído aquella voz en otra parte. Procediendo lógicamente, como yo acostumbraba a hacerlo, me preguntaba cuáles eran las personas cuya voz había yo oído, sin ver su rostro.

Cuando me hizo esta pregunta comencé a temblar.

Tuve como un vago presentimiento, que me aturullaba iba a tocar en mi pasado —cuerdas dolorosas ó terribles.

El hombre dijo a la Sra. Gastier:

—Haced entrar a María.

Oí este nombre, aunque fué pronunciado en voz baja.

¿Había yo conocido alguna María?

Ni una siquiera.

La niña respiraba con delicia el aire fresco, apoyándose en la barandilla; era una lindísima criatura.

Creo que no se cuidó de la llamada de aquel hombre. Este desapareció.

Cuando dejé de verle, una ráfaga repentina iluminó mi espíritu.

Buscando las circunstancias en que yo había oído sin ver, recordé, el parto donde asistí con los ojos vendados.

Aquella voz, lo hubiera jurado, era una de las que percibí junto al lecho del dolor.

La idea del tiempo se despertó en mí, y pensé en la criatura que saqué al mundo, mirando a la joven.

La criatura del boulevard de los Inválidos tendría un año si un milagro la había conservado la vida.

En cuanto a la madre la vi en París; estaba casada; era la señora de Gerin.

La duena volvió junto a la niña, diciendo:

—Vamos, señorita María; el señor, ha venido él mismo a llamarnos.

—¿En qué piensas, Susana? me preguntó Gustavo; no me respondes.

—¡Silencio! le dije bruscamente. Me miro sorprendido; después sus ojos interrogaron todo lo que nos rodeaba.

Nada había visto ni oído.

A cada momento salía alguno a buscar a la niña. Esta solo dijo una palabra.

—¡Ya!

Gustavo exclamó:

—¿Qué tienes, Susana? ¡Tiembles! ¡Tu mano está fría!

En efecto, temblaba. Una extraordinaria emoción me oprimía el pecho.

Pero por mi honor aun no sabia la causa.

La joven dirigió al agua la última mirada.

Pero no pude distinguir sus facciones. Llevaba la cabeza baja.

Mad. Gastier, la duena, le ofreció el brazo, y ambas se dirigieron hacia la escalera.

Yo me decía con despecho:

—No podría ver!

La palabra despecho, no es bastante fuerte; hubiera yo dado todo el mundo por ver el rostro de aquella niña.

Hasta el punto que tuve que hacer un esfuerzo, para no precipitarme hacia ella.

Pero de repente la luz de la linterna vino a caer de lleno sobre sus facciones.

Di un grito que ella oyó.

Sus bellos ojos negros, melancólicos y dulces, trataron de buscarme entre las sombras de la noche.

—Vamos, vamos, señorita, dijo la voz severa de madama Gastier.

María continuó bajando.

Gustavo murmuró a mi oído:

—¿Queréis explicarme ese enigma?

—¿La has visto? dije a mi pesar; ¡qué bella es!...

Y cómo se parece!

—¿A quién? preguntó mi padrino.

Guárdalo silencio.

—¿A quién? Repitió Gustavo.

Respondí insistiendo:

—A su madre.... una pobre mujer que conocí en el castillo de Meilhan.

Gustavo calló.

Yo procuré poner en orden mis pensamientos.

No, no era una mujer a quien se parecía aquella joven tan bella; no, yo no había conocido en Meilhan a ninguna mujer que tuviese semejante frente ni tan profunda mirada.

Aquel perfil pertenecía en mi recuerdo al mas bello de los héroes, que se me apareció un día caballeresco, noble, valiente y resignado, en la habitación de una rival preferida. Máximo, el Sateador, como le llamaban entonces el buen Antonio.

El príncipe Máximo era a quien se asemejaba María.

La recepción que tuvimos en Nápoles.

La casualidad preside a todas las semejanzas.

Una semejanza no proviene de nada.

Yo sentía que estaba abocada a algún descubrimiento que iba a influir en mi reposo, y acaso cambiar mi porvenir.

Mi vocación de saber era irresistible. Cumplía mi destino.

Este encuentro tenía relacion con dos distintos grupos de recuerdos.

se permitan la mas ligera frase de disgusto, so pena de caer en el terrible anatema de enemigos de la patria: esto es lo que se llama una soñada con todas sus condiciones internas y externas: los ministeriales mistifican los intereses de la patria con la personalidad política de los ministros: de otro modo no se puede que al brindando ahora con la gran lección de patriotismo se limitan a desear que no los hostilice al ministerio, interin redoblan sus acusaciones y

denuncian contra el partido moderado: «suspenden todas vuestras hostilidades, seamos todos unos», esclamaban los ministeriales; pero esa unidad que solicitan es en el amor y alabanza al ministerio, en tanto se reservan el derecho de maltratar diariamente a toda hora, con saña, al partido moderado: es un contrabando, bilateral del cual, no quieren, que nazca mas que un derecho que es el suyo, y una obligación que es la nuestra, si este es o no, un rasgo de candidez juzguenlo, las personas imparciales y sensatas, juzguenlo el pais.

La prensa ministerial se olvida o afecta olvidarse de que en todos los países constitucionales, incluso el nuestro, las circunstancias normales, los conflictos de guerra no han impedido que las oposiciones políticas emitan su opinión, sin que por ello se haya puesto jamás en duda su patriotismo, sin que se haya querido alzar la cruzada a que inútilmente aspiran hoy contra el partido moderado los colegas ministeriales.

Decimos inútilmente, porque la tarea de nuestros colegas que por su propio peso, les aconsejamos que elijan otro tema.

Ante el aspecto que presenta la Europa, proxima a discurrir difíciles cuestiones internacionales, y ante la situación en que se encuentra España, al luchar con las semi-salvajes hordas de un pueblo tan feroz como fanático, los hombres del gran partido moderado, aquellos que demostraron mil y mil veces su amor al pais, su respeto al trono y a la dinastía reinante, y el mayor acatamiento a las leyes fundamentales, tienen un deber que llenar, una importante empresa que llevar a cabo en bien de los intereses de nuestra patria, el día en que, por la marcha ordinaria o extraordinaria de los sucesos, pudieran cambiar las cosas, hasta el punto de ser indispensable una política mas conforme que la de la unión liberal para llevar a seguro puerto la nave del Estado.

El ministerio de 30 de junio, que cuenta en su seno hombres cuya mirada no abarca el estenso espacio donde se agitan sin cesar los complicados problemas de gobierno: que vive desde su origen, merced al artificio y sostenido por desconocidas leyes de un equilibrio especial, que nada fecundo en resultados políticos hiciera sino aceptar las bases de nuestro sistema, de un modo oscuro y poco expedito, para que la contrariedad resaltase menos y el contraste pase desapercibido entre las gentes sencillas; que es la legislación de toda política, por lo mismo que a varias políticas suma, escondiendo los deseos de las mas y de las otras con oscilaciones constantes en favor de este o de aquel partido; que es, en fin, un fenómeno en la marcha de las situaciones monárquico-constitucionales, paisanos, que no ha de poder abordar las trascendentes cuestiones que se le presentan, así relacionadas con los asuntos europeos, como referentes a nuestra nacionalidad, dentro y fuera del pais; que ha de verse en sumo grado confuso y perplejo; sin saber la oportuna solución que dar para que nuestros intereses no sufran menoscabo ni mengua nuestra reputación; que ha, en una palabra, de tener a su tiempo que dejar las riendas del gobierno a manos mas inteligentes, a personas de principios mas fijos y de mas homogeneidad de ideas que las que rodean a los actuales consejeros de la corona.

Pocos esfuerzos de ingenio se necesitan para comprender lo grave de la cuestión de Italia, ante el nuevo Congreso europeo, identificado con otras muchas dificultades cuestiones de derecho internacional, y apenas habrá una persona de las que analizan la marcha de los sucesos exteriores, que no presente muchos y grandes conflictos, con motivo de unas discusiones encaminadas a fondar los mas áridos problemas del derecho público vigente.

La opinión de los pueblos modernos parece que está dividida en dos grandes grupos: como que aspira a fraccionar a los hombres políticos, señalando campo distinto para prepararlos mejor a la lucha, a la contienda, de donde ha de brotar necesariamente la luz que ilumine a todos.

Al lado de la idea liberal forman unos; otros sostienen los derechos de la reaccionaria.

El Congreso europeo va a dar el espectáculo de esta poderosa contienda, en la cual directa o indirectamente se han interesado ya todos los países del viejo continente.

La España tiene que asistir a esos debates entre la legitimidad y la libertad; está llamada a tomar una parte en ese goloso certamen abierto a la diplomacia moderna, y esperamos que no hará un desairado papel al lado de otras naciones de menos importancia.

¿Ha pensado el gobierno en las instrucciones que se han de dar a nuestros representantes en el Congreso de París? ¿Ha meditado con el detenimiento e inteligencia que seria de desear, la importancia de esta misión diplomática? ¿Ha elegido personas tan elevadas y respetables como de suyo ella requiere? ¿Se ha preparado para las contingencias posibles, en el caso de que las resoluciones de ese concilio político que ha de verificarse, ameniguen nuestra dignidad, o ataquen los derechos que tenemos para regirnos del modo y formar mas en armonía con nuestras necesidades?

Pues todas estas atenciones deben pesar en el ánimo de un ministerio que se halla a la altura de las circunstancias por que atraviesa; que tiene conciencia de sus obligaciones, que se ve apremiado a dar solución próxima a negocios de gran cuantía, dentro y fuera de España, y que conoce la imposibilidad de salir airoso en la empresa, cuando se carece de pensamientos de gobierno, y cuando nada hay subordinado a un plan anterior, fruto de las condiciones de un partido, y enlazado con sus antecedentes y con sus hechos.

Hasta aquí, considerada la situación actual bajo el prisma de las relaciones exteriores.

Examinada en sus puntos de contacto con la cuestión de Marruecos, es tambien digna de la dedicación que algunas palabras.

No crean nuestros lectores que vamos a descender a pormenores; que nos proponemos disertar sobre este punto, para dirigir, fundados en hechos recientes, algunos cargos al gobierno; no; somos españoles antes que hombres políticos; estamos afiliados a

un partido que ha prometido su racional apoyo a los consejeros de la Corona, para que levanten del suelo la honra y dignidad nacional ultrajadas por los infelices de Marruecos, y ante deberes tan sagrados, bajamos hoy y siempre la cabeza, porque ni ahora ni antes hemos pensado en suscitar obstáculos.

Nuestro objeto es hacer ver la importancia de la cuestión con Africa, sea cualquiera el resultado que respecto a ella se obtenga.

«Son victoriosas, como esperamos, nuestras armas, y realizamos el propósito que guía a la nación en una empresa tan justa como patriótica, ocupando algunas plazas mahometanas en los mares del Mediterráneo y del Atlántico». Pues entonces es preciso conservarlas tanto cuanto los intereses de España exijan, dado que de otra manera la perjudicaríamos en alto grado.

«Se defienden tenazmente los moros de la costa hasta el punto de que, nuestras valientes tropas no obtengan todas aquellas ventajas positivas dignas de su arroyo y de su pericia». Pues en este caso cumple al gobierno español adoptar un temperamento conforme a la situación, en que nos encontremos para desarrollar eficazmente los gérmenes de nuestra merceda riqueza, restañar las heridas que la guerra haya causado a nuestro poder, y evitar que ciertos partidos, exagerados, vengam reclamando una gestión en los negocios públicos que es imposible concederles.

Dada cualquiera de estas situaciones, difíciles para el actual gabinete, el partido moderado debe encontrarse dispuesto, para el día en que S. M. crea oportuno variar de consejeros, a aceptar, con fruto, en bien del pais, el timon del Estado, porque él, y solo él, mal que les pese a sus enemigos, a sus constantes detractores, reúne garantías de acierto, y las prendas de entereza necesarias en momentos dados para sostener incólumes la honra y dignidad de la nación española.

Nosotros, que deseamos ser el eco fiel del partido moderado, y que presumimos interpretar los sentimientos de sus hombres para formular una común aspiración, no hemos escrito ni escribiremos en las actuales circunstancias llevados del fin de una suplantación en el poder; queremos y hemos querido, a diferencia de otras personas, ser en cierta cuestion amigos sinceros, pero inóclomos, del gobierno, aun con el inconveniente de que se nos juzgue mal, perjudicando nuestras intenciones.

El tiempo nos hará justicia.

La prensa ministerial sigue emitiendo sus juicios, cada vez mas divergentes, acerca de las ideas sustentadas por El Horizonte en sus primeros pasos, pocos todavía, aunque seguros. Para completar el cuadro de los que creian haberlo visto todo en nuestras columnas, y de los que opinaban no haber encontrado nada en ellas, otro diario nos culpa porque no arrojamus al campo de la política una teoría mas; porque nuestros principios no son nuevos, sino antes por el contrario, conocidos desde muy antiguo; en una palabra, porque pretendemos resucitar cosas en su opinion muertas o gastadas.

A la verdad, si nuestros colegas esperaban que de la rejunición de los tres periódicos brotasen nuevas doctrinas, ó la aparición de una nueva seta en disidencia con la gran comunión moderada, hemos defrandido sus esperanzas por completo. Somos por naturaleza, y por convencimiento desafectos en sumo grado a esa política de tornasol y movilidad que hoy vemos practicada, sin que basten a convertirlas las utilidades que de ella reportan quienes la profesan. Así, pues, el cargo que se nos dirige, lejos de causarnos la mas leve molestia, nos envalencia, y es para nosotros irreparable prueba de consecuencia política.

Moderados, y nada mas que moderados, ahora y siempre; nuestras doctrinas son unas en todo tiempo, y nuestras palabras no pueden ser tampoco sino la expresión fiel, exacta, de nuestros axiomáticos principios. Mientras la sociedad exista existirá tambien, porque están encarnados en ella, y representan y consagran cuantos elementos salvadores encierran. Las ideas moderadas son antiguas, es cierto; pero de esta suerte refieren a su favor la envidiable sancion del tiempo: son antiguas, pero asimismo son propiedad de un partido que no se ha visto precisado a mendigarlas de otro alguno para gobernar con ellas como propias. Los que quieren suponerlas gastadas, ó no comprenden, ó afectan no comprender la gravedad de cuanto dicen: las escuelas que, como la nuestra, tienen su razón de ser en la razón de existencia de todo pueblo organizado, no pueden extinguirse sin que estos desaparezcan a la vez. Si nuestros principios se hallaran faltos del vigor de otro tiempo, la sociedad española marcharía hacia su ruina.

Todo el mundo sabe cuáles son los principios que rigen acerca de la declaración de bloqueo de una plaza, ó puerto enemigos. No se entiende por bloqueo de un puerto, mientras no se haga efectivo el bloqueo por fuerzas suficientes. Valiéndose del rigor de este principio, se nos ha asegurado que el ministro de S. M. B. en esta corte ha pasado una comunicación a nuestro gobierno, por la cual se prueba mas y mas la intervención a que el gabinete inglés aspira por lo visto en nuestra contienda con el imperio de Marruecos.

Necesitando el general O'Donnell por un corto espacio de tiempo de los buques que bloqueaban a Tánger, los separó de aquellas aguas para emplearlos en el transporte de tropas a Ceuta. No bien llegó a noticia de M. Buchanan este hecho, se apresuró a declarar oficialmente terminado el bloqueo de la mencionada plaza, dando con esto prueba de un rigorismo poco generoso y un tanto inconsiderado. No hubiera podido hacer mas el ministro inglés si se hubiera tratado de alguna plaza perteneciente a cualquiera de sus mas íntimos y poderosos aliados. Y lo mejor del caso es que con semejante declaración no conseguía otra cosa que lastimar el amor propio del gobierno español. Los buques, segun se nos ha dicho, volvieron a su estación de bloqueo y la legitimidad de este, segun se nos ha asegurado tambien, debió quedar declarada tan solo con escribir otro pliego de papel, haciendo de nuevo la notificación necesaria.

Estamos completamente de parte de nuestro gobierno en este suceso. No es así, en nuestro concepto, como deben practicar la diplomacia los representantes de las grandes naciones. Semejantes procedimientos mas parecen recursos de curia, que actos de alta justicia internacional.

Como probamos en uno de nuestros artículos, difícilmente podrá darse el ejemplo de otro ministerio

con mayor tenacidad ensalzado por sus amigos, que el que en la actualidad rige los destinos del pais. El mas pequeño e insignificante de sus actos es causa de infinitas alabanzas, que, sea dicho de paso, ni envidiamos ni sentimos, pero que son tan infundadas como numerosas.

Un hecho por demás sencillo, pero mas que en otro alguno en el gabinete O'Donnell-Salaverria, ha dado lugar a que se desencadenen estos dias todos los vientos del elogio; el hecho de hallarse dispuestos, segun dice la prensa ministerial, los fondos necesarios para pagar el semestre de la deuda próxima a su vencimiento.

De seguro nuestros colegas, al hablar de este asunto con tal encomio, no tienen en la memoria el empréstito de los dos mil millones, y el no escaso tampoco que ha realizado el gobierno con el aumento de la deuda flotante, pues a ser de otra manera, no estrañarían que un gabinete que cuenta con semejantes recursos tuviera la virtud bastante para no declararse en quiebra, que a esto equivaldría la suspensión del pago de sus acreedores legítimos.

En verdad, la abnegación del ministerio escude todo limite imaginable.

En La Epoca de anoche leemos las siguientes líneas:

«Segun vemos en un periódico de Barcelona, el comité consultivo que está al frente de la publicación de El Horizonte se compone de la manera siguiente: Presidente, Señor conde de San Luis. Vocales, Sres. Gonzalez Brabo, Zaragoza y Castro. Tesorero, Señor marqués de Remisa.»

El hecho que copia La Epoca del diario catalan es completamente falso; pero despues de su falsedad envuelve un misterio que intentaremos averiguar y revelaremos, para exigir la responsabilidad a quien corresponda.

La Corona, periódico barcelonés, publica el párrafo transcrito mas arriba; pero lo hace copiándolo de El Clamor público. Es notable la coincidencia de que copie La Corona aquella especie de un diario que, segun nuestras noticias, debió haberla publicado en Madrid hace dias, y que no sabemos por qué motivo dejaría de hacerlo: tal vez la estamparia en su edición de provincias ó la mandaría impresa al periódico de la capital del Principado. De todos modos, conste por ahora lo dicho, y no dejaremos de indagar lo que hay en este asunto, por si hubiese presidido a tan inocente invención algun móvil no tan inocente como la invención.

Por otra parte, El Horizonte, órgano del partido moderado, dispuesto a consultar a todos los hombres que le componen, andaría menguado en sus aspiraciones si fuese tan poco numeroso su comité consultivo, por mas que sean tan dignas e ilustradas las pernas que citan nuestros adversarios colegas. El Horizonte tiene mas altas pretensiones y abarca mas en sus consultas: como periódico que representa un partido, su comité es tan numeroso como la gran falange monárquico constitucional, cuyo dictamen oír siempre, pues para ese fin ha abierto sus columnas desde el primer día a todas las eminencias políticas que figuran en nuestro bando, y que en efecto las honrarán con sus luminosos escritos y sabias indicaciones.

Estábamos escribiendo el artículo primero de fondo contestando a La Discusion y mostrando los abismos insondables que eternamente la alejarán en España del poder, cuando recibimos El Día y leemos en él un larguísimo discurso en que tiende a demostrar, en vano, que los hombres de El Horizonte prefieren la ruina de todo lo que existe a la longevidad del gabinete O'Donnell.

Comprendemos la trascendente intención de nuestro vicalvarista colega, contra la cual protestamos en nombre de nuestro eterno patriotismo y monarquismo, declarando, que así como contendemos con La Discusion, que ha sabido colocarse en términos propios de un luminoso y serio debate, asimismo dejaremos sin contestación todo escrito que como el de El Día, esté fuera del terreno de una leal controversia.

Las relaciones políticas que nos unen con el señor Vidarte, diputado de la oposición moderada, escusarán sin duda la conmemoración que hacemos hoy de este militar a quien el general en jefe del ejército de Africa ha premiado con un ascenso en el campo de batalla. Al estrechar la mano del Sr. Vidarte en el momento de despedirnos de él nos prometíamos mucho de su conocida bizarría: hoy le felicitamos desde aquí por su brillante comportamiento.

La España de ayer publicó en su primera plana la siguiente advertencia:

«Nuestro número de hoy ha sido recogido por el primer artículo de fondo, y varios sueltos, despues de haberse los facilitado por la fiscalía el recibo correspondiente.»

Sentimos el contratiempo de nuestro colega.

Leemos en La Discusion:

«Hemos oido decir en varios círculos políticos que el gobierno está decidido a no abrir las Cortes mientras dure la guerra de Africa. La razón de esto parece ser el temor de que las oposiciones se apoderen de las famosas notas del Sr. Calderón Collantes, y precipiten la caída de este ministerio. No sabemos si la noticia es cierta, y por eso nos abstendremos de emitir todo comentario. Esperamos que los periódicos ministeriales nos sacarán de dudas.»

GUERRA DE AFRICA.

En las noticias últimamente recibidas comenzamos a encontrar la confirmación de las indicaciones que anticipábamos acerca del giro probable de los sucesos para lo futuro. Con la llegada del tercer cuerpo encargado por ahora de cubrir la parte de nuestro campo que domina el camino de Tetuan, todo el ejército ha tomado posición al frente del enemigo. El cuartel general avanza, y todo hace esperar que tan pronto como se reúnan los elementos que aun faltan y se habilite el camino, en cuyas obras trabajan nuestros ingenieros, de principio el movimiento.

Recibimos algunos detalles de la acción del 9, por los cuales vemos que los moros, contra su costumbre y por la primera vez, habían tratado de sorprender el reducido pequeño que está a la derecha del campamento cerca de la mar. Con el mayor sigilo habían emboscado en gran número por los dos flancos de la obra, que guardaban a la sazón cuatro batallones; rechazados energicamente habían emprendido la fuga, seguidos de cerca por nuestros soldados, y sufriendo una pérdida considerable.

Un grupo de moros cortado y rodeado no había querido rendirse y había obligado por su resistencia desesperada a sus generosos vencedores a darles la muerte, que buscaban con ahínco. Aseguran que hasta ahora, a pesar de las recomendaciones de los jefes y de la humanidad de los soldados, todavía no se ha podido hacer un solo prisionero.

La Gaceta publica la siguiente relación de los ofrecimientos hechos al gobierno con motivo de la guerra de Africa por varias personas dependientes del ministerio de Fomento, muchos de los cuales habíamos anticipado ya:

«D. Tomás Belástá, rector de la universidad de Salamanca, ofrece sus servicios personales en el ministerio eclesiástico y todo el sueldo que como tal rector perciba desde el momento en que el gobierno crea llegado el caso de descontar parte de sus haberes a los empleados.»

La misma oferta hace don Hilario María Iglesias, canónigo de aquella catedral y encargado de la enseñanza de cuarto año de teología en aquella universidad literaria.

Los alumnos, así de la universidad como de los demás establecimientos de enseñanza de Valladolid, han abierto una suscripción que asciende a 11,000 rs. para socorrer a tres familias que perdiendo en campaña a la persona que sea cabeza de ellas queden en la indigencia. Otra suscripción tambien, de los del real instituto industrial en esta corte, por valor de 2,954 rs., destinados a la madre del soldado que, perteneciendo al primer cuerpo de vanguardia, haya sucumbido en acción de guerra.

Ceden hasta la terminación de la guerra el 10 por 100 de sus sueldos, cobrados por el presupuesto provincial, el director del instituto de Albacete, el inspector de primera enseñanza y el secretario de la junta de instrucción pública de la provincia de Zamora; los profesores de instrucción primaria de Navas de la Concepción, en el distrito de Sevilla, D. Cristóbal Bartera y don Dolores Martínez; igualmente D. Gabriel Abaza y Rodríguez, maestro de la escuela elemental de la Comuña, quien extiende su ofrecimiento a cuatro posees.

Ceden el 5 por 100, en igual forma, los catedráticos del instituto de Albacete; el director y profesores del de Almería y Segovia; D. Enrique Calderón de la Barca, profesor de instrucción primaria de Torre, y el de Santa Clara de Abadillo, provincia de Zamora, D. Vicente Blanco Gallego.

Ofrecen el 5 por 100 de sus dotaciones los maestros de las escuelas públicas de Valferramos de la provincia de Balconete y Tomelloso, en la provincia de Guadalajara.

El 4 por 100, el de Lucanena de las Torres (Almería), D. Manuel Berenguer, y tambien D. Silvestre Rougier, catedrático del instituto de Valencia.

El 3 por 100 los maestros de instrucción primaria de Carvajales é Hiniesta (Zamora), D. Gregorio Paez y D. Francisco Campo.

Y el 2 por 100 los de Argániz, Ayelón, Badilla, Fresnadillo, Gampos, Jariza, Luadino, Mamedes, Montaneta, Mora, Morzón, Muga de Sayago, Torre de Villadepera, Villadiegua, y Vallanor de la Ladré, D. Agustín Fuentes, D. Pedro Alendral, don Venancio Vargas, D. Gabriel de Pedro, D. Antonio Ramos; D. José Prieto, D. Antonio García, D. Agustín Hernández, D. Manuel Baquero, D. Inocencio Fernández, D. Ignacio Miguel, D. José Velasco, D. José Carrascal, D. Agustín Vicente, D. Francisco Jorge y don Tomás Nemesio.

Los jefes y profesores de las escuelas de Avila y Zamora; el director de la escuela normal de este último punto, y D. Andrés Guillán, director de la escuela especial de dibujo de Almería, desean ser comprendidos en el descuento aprobado por las Cortes, sin que obste el cobrar sus haberes de fondos no afectos al Tesoro.

El director, catedrático y administrador del instituto de Málaga, ceden 1,000 reales mensuales con destino a uno de los hospitales de sangre, establecidos en dicho punto, y en la propia forma ofrecen 533 rs. 33 céntimos el director y profesores de la escuela normal superior de maestros, y el inspector y secretario de la junta de instrucción pública de la misma ciudad.

D. Juan Domínguez, D. Francisco de Paula Sánchez Domínguez, D. Antonio Locamús, D. Salvador Vergara, D. Lorenzo Mancho y D. Rafael de Herrera, profesores de primera enseñanza de Málaga, y D. Vicente Muñoz y Muñoz, que lo es del campo de Cuellar en la provincia de Segovia, ofrecen una mensualidad de sus respectivos sueldos.

Antonio de Mora y Garrido, catedrático del instituto de Caba, cede sus atrasos como excastrado, y se ofrece a prestar los servicios propios de su ministerio sacerdotal en las plazas de Africa.

El director y los catedráticos de la escuela de veterinaria de León se brindan a costear esta carrera, con manutención, adquisición de libros, pago de matriculas y demás gastos, a los dos herradores del ejército que mas se distinguen por su valor.

D. Juan Antonio de la Corte y Ruano Calderón, director del instituto de San Isidro de Madrid, se brinda a costear el depósito de cinco grados de baciller en artes a hijos de militares inutilizados en la guerra.

D. Antonio López Sellar y D. Antonio de Sagalerra y Castillo, director y catedrático del primero, y catedrático del segundo de la escuela náutica de Cartagena, ofrecen, además del 8 por 100 de sus sueldos, dar sin retribución la enseñanza de pilotos a dos jóvenes, cuyos padres murieron de aquella ciudad, ó en su defecto de la provincia de Murcia, fallecieron en campaña ó fueron dados de baja por inútiles en el ejército.

El maestro de instrucción primaria de Belver de los Montes (Zamora), D. Tomás Pérez Ruiz, y sus discípulos, ofrecen tambien un donativo.

El profesor de la escuela pública de Cuevas (Almería), D. Andrés Carmona, sus discípulos y algunos vecinos de la población presentan un cajón lleno de hilas y vendajes, y 287 rs.

D. José Benito Sánchez y Muñoz, profesor de la escuela pública de Villa del, en Córdoba, ofrece 20 rs. mensuales durante la guerra: 10 rs. mensuales y 20 rs. de atrasos de una pensión que disfruta D. Marcel Eucovet de Melo, maestro interino de instrucción primaria de Mostoles, en la provincia de Madrid; y 200 rs. D. Antonio Rivera y Anés, profesor en Casabermeja, provincia de Málaga.

Doña María Josefa de Villar, profesora de niñas en Bailén, solicita se le destine a los hospitales de sangre del ejército expedicionario para la asistencia de los heridos.

Ignacio de Parada y Gómez, presbítero, director del colegio de San José, establecido en esta corte, calle del Olivar, núm. 22, ofrece admitir en su colegio, como alumno interno, atendido gratuitamente durante seis años en su subsistencia y enseñanza, a un hijo de cualquiera de los oficiales inutilizados en la presente campaña, reservando a S. M. la designación del que haya de ser de esta manera agraciado.

Por último, los maestros de las universidades de Valladolid, Salamanca y Santiago, los alumnos de esta última escuela y el director y catedráticos del instituto de Cáceres, desean que se utilicen sus servicios del modo que parezca oportuno, si fuere necesario.

S. M. la Reina, complacida de tales manifestaciones y ofrecimientos generosos, ha dispuesto que a los interesados se den las gracias en su real nombre, y que tan patriótica conducta sea pública por medio del periódico oficial.

Tambien inserta el periódico oficial una relación de las gracias que a propuesta del general en jefe se ha dignado conceder S. M. a los jefes, oficiales e individuos de tropa que contrajeron meritos especiales el 22 de noviembre último, en la acción ocurrida sobre el reducido del camino de Anghera. Este documento que ha llegado a Madrid con retraso notable puesto que hace dias se publicaron ya los partes de fecha posterior, comprende las gracias siguientes:

PLANA MAYOR DEL PRIMER CUERPO DE EJERCITO. Ayudante de campo del comandante en jefe del primer cuerpo.

Coronel comandante de caballería D. Juan Armada, empleo de teniente coronel de caballería.—Subteniente de infantería D. Andrés Soler, cruz de San Fernando.

Oficiales a las órdenes.

Comandante capitán de artillería D. José Angulo Walsh, grado de teniente coronel.

Ingenieros.

Segundo comandante, capitán de ingenieros D. Ramon Mendez Vigo, cruz de San Fernando.

Administración militar.

Comisario de guerra D. Manuel Justinián, cruz de Carlos III.

Sanidad militar.

Subinspector de segunda clase D. Fernando Weyler, grado de subinspector de primera clase.

Plana mayor de la división.

Capitán de infantería D. Rafael Alférez Bustamante, grado de comandante.

Caballería de la Albuera.

Teniente de caballería D. Juan Ribera, cruz de San Fernando.

Regimiento infantería del Rey núm. 1.

Coronel, primer comandante D. Manuel Teruel y

Barnuevo, empleo de teniente coronel.—Comandante, capitán D. Juan Artacho y Lacorzana, empleo de segundo comandante.—Teniente D. Agustín Lizana y Prida, grado de capitán.—Teniente D. Rafael Heredia y Yuste, grado de capitán.—Teniente D. Dionisio Hernández y Monge, grado de capitán.—Subteniente don Luciano Martín García, grado de teniente.—Sargento primero Vicente Lafuente y Pueyo, grado de subteniente.—Sargento segundo Pedro Oliver y Escuder, grado de sargento primero.—Sargento segundo José Isidro del Cerro, grado de sargento primero.—Sargento segundo Francisco Perelló y Carrasco, grado de sargento primero.—Cadete D. Andrés Teruel y Gallardo, empleo de subteniente.—Soldado Isidro Camps, cruz de María Isabel Luisa pensionada con 10 rs.—Soldado José Vigar, pensionado con 10 rs.—Soldado Juan Gorris, pensionado con 10 rs.—Soldado Juan Costa, pensionado con 10 rs.—Soldado Diego Nuñez, pensionado con 10 rs.—Soldado Antonio Belmonte, pensionado con 10 rs.—Soldado José Navarro, pensionado con 10 rs.—Soldado Alfonso Porras, pensionado con 10 rs.—Soldado Felipe Nicolau, pensionado con 10 reales.—Soldado Félix Torrijos, pensionado con 10 reales.—Soldado Francisco López, pensionado con 10 reales.—Soldado Santiago Gienble, pensionado con 10 rs.—Soldado Salvador Igualien, pensionado con 10 reales.—Soldado Francisco Villala, pensionado con 10 reales.—Soldado José Batallón, pensionado con 10 rs.—Soldado Antonio Castillo, pensionado con 10 rs.—Soldado Pascual Martínez, pensionado con 10 rs.—Soldado Julian Bernarolo, pensionado con 10 rs.—Soldado Manuel Dámaso, pensionado con 10 rs.—Soldado Rafael Cabal, pensionado con 10 rs.—Soldado Nicolás Santorrija, pensionado con 10 rs.—Soldado Juan Rubio, pensionado con 10 rs.—Soldado Roque Sotos, pensionado con 10 rs.—Soldado Antonio Gorris, pensionado con 10 rs.—Soldado Andrés Torro, pensionado con 10 rs.—Soldado Joaquín Miralles, pensionado con 10 rs.—Soldado Jaime Bonell, pensionado con 10 reales.—Soldado Jacinto Hernández, pensionado con 10 rs.—Soldado Antonio Serra, pensionado con 10 reales.—Soldado Juan Sánchez, pensionado con 10 reales.—Soldado Juan Beltran, pensionado con 10 reales.—Soldado Antonio Sánchez, pensionado con 10 reales.—Soldado Ildefonso Escobar, pensionado con 10 reales.—Soldado Salvador Martín, pensionado con 10 reales.—Soldado Pedro Andrad, pensionado con 10 reales.—Soldado Lucas Nicolau, pensionado con 10 reales.—Soldado Sebastian Pocino, pensionado con 10 reales.—Soldado Jaime Battler, pensionado con 10 rs.—Soldado Francisco Perpián, pensionado con 10 rs.—Soldado Ramon Perez, pensionado con 10 rs.—Soldado Juan Aguilar, pensionado con 10 rs.—Soldado Francisco Familia, pensionado con 10 rs.—Soldado Martín Urquien, pensionado con 10 rs.—Soldado Luis López, pensionado con 10 rs.—Soldado Juan Grandes, pensionado con 10 rs.—Soldado Pedro García, pensionado con 10 rs.—Soldado Nicolás García, pensionado con 10 rs.—Soldado José Medina, pensionado con 10 rs.—Soldado Feliciano Ormía, pensionado con 10 rs.—Soldado Juan Perez, pensionado con 10 rs.—Soldado Joaquín Marsols, pensionado con 10 rs.—Soldado Juan Serrano, pensionado con 10 rs.—Soldado José Jiménez, pensionado con 10 rs.—Soldado Juan Cánovas, pensionado con 10 rs.—Soldado José Martínez, pensionado con 10 rs.—Soldado Antonio Bermejo, pensionado con 10 rs.—Soldado Jerónimo Ortega, pensionado con 10 rs.—Soldado Juan Ungay, pensionado con 10 rs.—Soldado José Astorqui, pensionado con 10 rs.—Soldado Dionisio Montoya, pensionado con 10 rs.—Soldado Domingo Lopez, pensionado con 10 rs.—Soldado Carlos Manich, pensionado con 10 reales.—Soldado Juan Rojo, pensionado con 10 rs.—Soldado Braulio Garrido, pensionado con 10 rs.—Soldado Tiburcio Gori, pensionado con 10 rs.—Soldado José Garte, pensionado con 10 rs.—Soldado Blas Domingo, pensionado con 10 rs.—Soldado José García, pensionado con 10 rs.—Soldado Silvestre Pérez, pensionado con 10 rs.—Soldado Manuel Sierra, pensionado con 10 rs.—Soldado José Abad, pensionado con 10 reales.—Soldado Cayetano Monreal, cruz sencilla.—Soldado Domingo Maseyosa, cruz sencilla.—Soldado Blas Sanmartín, cruz sencilla.—Soldado Eugenio Girón, cruz sencilla.—Soldado Pedro Bernal, cruz sencilla.—Soldado Baltasar Navarrete, cruz sencilla.—Soldado Rafael Ancochea, cruz sencilla.—Soldado Gerardo Archiboli, cruz sencilla.—Soldado Nicolás Layana Tapia, cruz sencilla.—Soldado Manuel Castellanos, cruz sencilla.—Soldado Felipe Ronco, cruz sencilla.—Soldado José Subias, cruz sencilla.—Soldado Gregorio Sanchó, cruz sencilla.—Soldado Ramon Chavarré, cruz sencilla.—Soldado Juan Cruz, cruz sencilla.—Soldado Francisco Lopez, cruz sencilla.—Soldado Ramon Blazquez, cruz sencilla.—Soldado Manuel Díaz, cruz sencilla.—Soldado José Cano, cruz sencilla.—Soldado Bartolomé Nogués, cruz sencilla.—Soldado Eusebio Villaroya, cruz sencilla.—Soldado Eustaquio Morilla, cruz sencilla.—Soldado Benito Cebrían, cruz sencilla.—Soldado Felipe Navarrete, cruz sencilla.—Soldado Dionisio Blas, cruz sencilla.—Soldado Juan Goni, cruz sencilla.—Soldado Joaquín Albíol, cruz sencilla.—Soldado Cayetano Saguní, cruz sencilla.—Soldado Domingo Marquet, cruz sencilla.—Soldado Antonio Carrons, cruz sencilla.—Soldado Cesáreo Marcilla, cruz sencilla.—Soldado Félix Ortega, cruz sencilla.—Soldado Lucas Alconche, cruz sencilla.—Soldado Félix Solano, cruz sencilla.—Soldado Miguel Villala, cruz sencilla.—Soldado Victoriano Salvatierra, cruz sencilla.—Subteniente D. José García y García, cruz de San Fernando.—Sargento segundo Rafael Mora, grado de sargento primero.—Sargento segundo Luis Martínez y Albertos, grado de sargento primero.—Soldado Tomás Aguilera, cruz de María Isabel Luisa pensionada con 30 rs.—Soldado Martín Valls, pensionado con 30 rs.—Soldado Pascual Andri, pensionado con 10 rs.—Soldado Cristóbal Gil, pensionado con 30 rs.—Soldado Ciraco Real, pensionado con 10 rs.—Soldado José Redones, pensionado con 30 rs.—Soldado Miguel Suprema, pensionado con 10 rs.

Regimiento infantería de Borbon, núm. 17.

Teniente coronel primer comandante D. Ramon Vela-Hidalgo, grado de coronel.—Capitán teniente don Juan Alonso Ruiz, empleo de capitán.—Cadete don Francisco Camps Puigmartí, empleo de subteniente.—Sargento primero Alejo Calvo, grado de subteniente.

Sargento primero Ramon Lopez, cruz de María Isabel Luisa pensionada con 30 rs.—Sargento segundo Manuel Fernandez y Fernandez, pensionado con 10 reales.—Sargento segundo José Machado García, pensionado con 10 rs.—Sargento segundo Bernardino Peral, pensionado con 10 rs.—Sargento segundo Domingo Vila, cruz sencilla.—Cabo y Cabo primero Romualdo Hervás, pensionado con 10 rs.—Cabo primero Manáso Sobremonte, cruz sencilla.—Cabo primero Manuel Alonso, cruz sencilla.—Cabo primero Luis Gomez Gonzalez, cruz sencilla.—Cabo primero Manuel Villar, pensionado con 10 rs.—Cabo primero Juan Dolagangy, pensionado con 10 rs.—Cabo primero Cristóbal Ramirez, pensionado con 10 rs.—Cabo primero Andrés Mazuza, pensionado con 10 rs.—Cabo primero Antonio Almazur, cruz sencilla.—Soldado Tomás Lopez, cruz sencilla.—Soldado Juan Pili, cruz sencilla.—Soldado Francisco Montero, cruz sencilla.—Soldado Antonio Roix, cruz sencilla.—Soldado Juan Perez, cruz sencilla.—Soldado Ramon Conde, cruz sencilla.—Soldado Julian Calderon, cruz sencilla.—Soldado Cándido Rodríguez, cruz sencilla.—Soldado José González, cruz sencilla.—Soldado Félix Agóca, cruz sencilla.—Soldado Francisco Peñas, cruz sencilla.—Soldado Roque Caurtan, cruz sencilla.—Soldado Salvador Batos, cruz sencilla.—Soldado Francisco Cabello, cruz sencilla.—Soldado Sarafin de la Iglesia, cruz sencilla.—Soldado Rafael Gonzalez, cruz sencilla.—Soldado José Montenegro, cruz sencilla.—Soldado Nazario Sanchó, cruz sencilla.—Soldado José Mirambell, cruz sencilla.—Soldado Manuel Alvarez, cruz sencilla.—Soldado Matías Ferrero, cruz sencilla.

Regimiento infantería de Granada, núm. 34.

Capitán, teniente D. Carlos Orta y Pineda, cruz de San Fernando.—Subteniente D. Julian Jover y Lapuente, cruz de San Fernando.—Cadete D. Luis Rizo y Samper, empleo de subteniente.—Sargento primero Isidro Martín Velazquez, cruz de María Isabel Luisa pensionada con 10 rs.—Sargento primero Ramon Abella Estel, cruz de María Isabel Luisa pensionada con 10 rs.—Sargento primero Leonardo Lopez Blanco, cruz sencilla.—Sargento segundo Francisco Bonet, grado de sargento primero.—Sargento segundo Luis Perez, cruz sencilla.—Sargento segundo Antonio Padilla, pensionado con 10 rs.—Sargento segundo Sebastian Pons, cruz sencilla.—Sargento segundo Juan Pomed, cruz sencilla.—Cabo primero Ramon Perez, cruz sencilla.—Cabo primero José Puntine, cruz sencilla.—Cabo primero José Balbi, cruz sencilla.—Cabo segundo Francisco Gonzalez, cruz sencilla.—Tambor José Navarro, cruz sencilla.—Tambor Isidro Codina, cruz sencilla.—Corneta, Francisco Corti, cruz sencilla.—Soldado Delfín Juncosa, cruz sencilla.—Soldado Antonio Carnicer, pensionado con

tripulantes resultaron cinco heridos, y los otros dos consiguieron dar muerte de un disparo de fusil al dato principal que mandaba los piratas, los cuales, en su consecuencia, emprendieron la retirada, teniendo que lamentar la pérdida de los cuatro tripulantes del otro barco que iban desarmados.

A principios del mes de mayo se trabó otro combate entre una embarcación de pescadores de la zona de los piratas, resultando cuatro de estos últimos muertos y un niño prisionero.

Tenemos entendido que en la noche del 9 fueron aprehendidos en una casa del pueblo de Navalcar, provincia de Toledo, el bandido llamado Feligran y su compañero, natural de Velada, en cuyos montes andaban ocultos cometiendo robos. Este servicio se debe al teniente de la guardia civil que manda la línea de Oropesa, que con el de la Talavera de la Reina los perseguía incesantemente.

La diputación provincial de Alicante ha acordado que se figuren en su presupuesto 50,000 rs. con destino a los gastos que ocasione la exposición agrícola que proyecta para el año próximo 1890 la sociedad de Amigos del país.

Insertamos a continuación algunas noticias curiosas, relativas a usos y costumbres de los marroquíes:

Saludo de los moros. Los de una misma edad se tocan las manos derechas muy ligeramente, y cada cual se lleva su propia mano al corazón, como indicando su pureza en la amistad y cariño, y cuando no se la llevan al lado del corazón se besa cada uno su mano, y concluyen preguntándose por su salud, etc.; pero si son de diferente edad ó personas respetables, tales como el bajá, alcaide, caid, santo y adivino, en estos casos los moros les dan una cabezada ó reverencia, besándole la manga del vestido ó encimada del turbante cuando están sentados, y siguen después hablando.

Reveros. Todos aman la soledad y el retiro, por cuya razón tienen muy poca sociedad ó reuniones. Se sientan en cualquier parte de la calle, portales ó campo, y siempre con el rosario en la mano. No conocen mayor recreo y delicia que las mujeres, el caballo y la escopeta; con las mujeres se puede asegurar que no es por amor ni cariño, sino por su estrecho temperamento, pues á pesar de estar casados con una, dos, tres y cuatro mujeres, hacen cosas que se resisten á la pluma del estampillar. Es inesplicable la relajación de costumbres que tienen sobre este punto, y sin embargo, son por orgullo ó ideas religiosas muy celosos y adustos en extremo con sus mujeres. Ellas, al contrario, son agradables, amorosas, fiernas y esquivas, aunque las tratan á las infelices de modo más cruel é indiferente.

Son muy voluntariosos, á pesar de los grandes castigos que les dan cuando las sorprenden sus maridos en alguna infidelidad; sin embargo, rara vez se verifica ningún castigo. Prohíbe su religión el entrar en ninguna casa, á menos no lo consienta el dueño, en cuyo caso para no ser vistas se retiran y esconden las mujeres, y esta es la razón por que no pueden jamás sorprenderlas. Es otro precepto de su religión que las mujeres vayan al baño un día al menos en la semana, con este motivo se juntan al baño, y se bañan y se lavan todos los miembros, protegiéndose mutuamente en sus planes. Se cambian la ropa, y cada cual se va á evacuar las citas que tiene; así, por mas que el marido las vaya siguiendo hasta el baño, como después salen con diferente ropa, marcha en pos de la que lleva el vestido de su mujer, y se queda á la puerta de la casa en que dicha mora entra. Después su mujer, que ya vuelve de la cita que tenía, se entra en casa de su amiga en presencia de su marido, que estaba en la puerta esperándole, y vuelve á salir con su propia ropa. Así, aunque el marido la pregunte y reconvenza, ella por escusa que fué á ver á su amiga que estaba enferma, y aquel queda satisfecho. Con este y otros crehados del mismo tenor, nunca puede descubrirse la verdad. Se pintan la cara con agujas y colores, como los dibujos que se hacen algunos soldados, presidarios y marineros de Europa, y como no tienen vello en ninguna parte del cuerpo por ser contrario á su religión, se pintan flores, y otros ramos y dibujos de varios colores, con el fin de aguarar más á los hombres, y por eso se ven en las calles las mujeres ordinarias y más abundantes, pues las clases distinguidas lo tienen por bajeza. No quieren á ningún europeo porque sus gustos, tratos y diversiones son opuestos en un todo, y además porque son fanáticos con extremo.

Cofradías. Hay una hermandad ó cofradía que llaman los isagites, que tiene por patrono ó santo á Sidi Venencia, que quiere decir, según dicen, Cristo, á quien tienen la mayor veneración y respeto, por eso dicen que era primo de Mahoma. En concepto de ellos, es el interés ó abogado de los imposibles. Bajo la capa de este santo se finjen muchos moros que están en su gracia; esto es, que ni aun el fuego les quema, así como los incombustibles ó saladores que se fijen en Europa; y por esta razón se filian en dicha hermandad, engañando al pueblo con mil embustes. Llevan culebras vivas, y habiéndolas en el nombre del santo, obedecen todo lo que les dicen, y se les arrojan pitillos ó salinabanquias, que con estos embustes ó tonterías engañan y sacan el dinero á los crédulos é inocentes. Tienen una fiesta cada año que se juntan todos á la mayor parte del gran número que hay en la ciudad y corte de Mequinez, que es donde está la ermita del santo, inmediata á la ciudad. Allí celebran su fiesta por tres días, en los cuales dicen los despreciosos que toman un poco de Soliman con leche para engañar á las gentes. Se ponen furiosos y se pelean entre un modo muy raro y extraño, pues se pelean de pies encarnados hasta los ojos, que se desmenuzan con unas miradas atroces, bailan, saltan, ahullan, broman y chillan todos á un tiempo, y entonces es cuando aseguran que están en toda la gracia del santo. Forman en los tres días un corro ó rueda, y los isagites ó thernanos mayores están con unos grandes paños con mucha circunspección y respeto, fuera de la rueda ó círculo; para al que se separa ó sale de él, ó se desmenuza en su locura ó en su furor, castigan y azotan, por lo que declarando fuera de la gracia del santo. En tales días suelen suceder muchas desgracias, por lo que refugian á los judíos, pues de no hacerlo los atropellan antes ó después de la función.

Instrucción. El imperio de Marruecos está tan atrasado al de los turcos, como estos lo están en comparación de Europa; es decir, que se encuentran en el mayor estado de ignorancia, barbarie y superstición; pero son tan soberbios y orgullosos que están en firme inteligencia que, excepto lo suyo, nada vale, y desprecian todo cuanto se presenta á su vista, aunque sea lo más rico y admirable del universo. En opinión de ellos, nada puede competirles, porque les han heredado de sus antepasados, y por lo tanto, no necesitan para cada uno diez cristianos, y que jamás deben volver la espalda como no pasen de este número; mas, sin embargo, con una cincuenta parte de su fuerza, se conquistará aquel reino muy fácilmente; pero sería muy difícil reducir á los moros á entrar en los costumbres y civilización europea, hasta que el tiempo y el desengaño les vaya reduciendo y acostumbrando á otro estado más favorable.

Costumbres. Todas sus costumbres son diametralmente opuestas á las de Europa; si nosotros escribiémos con letras y de izquierda á derecha, ellos lo hacen con una especie de faigrafiya, y de derecha á izquierda. Si nosotros escribiémos con plumas, ellos con un pedazo de caña; si nosotros llamamos la ropa con las manos, ellos con los pies; y parece que están hablando ó pisando uvas, si en el juego de la pelota nosotros damos con las manos, ellos lo hacen con los pies; si nosotros montamos á caballo con estribos largos, ellos los llevan muy cortos; si comemos en mesas sentados en sillones, ellos lo verifican sin mesa y sentados en el suelo; si nosotros comemos con cucharas, ellos con cuchillos, ellos engullen con las manos á los platos; si nosotros nos afeitamos solo el cuerpo, dejándonos afeitado la cabeza y los brazos, ellos nos afeitan únicamente lo que nosotros nos afeitamos; si nosotros variamos de vestidos, siguiendo la moda, ellos, desde remotos siglos, jamás lo han verificado, en fin, nada de lo que hacen los cristianos les es permitido en su totalidad.

Sus legisladores, concededores de su temperamento y clima, les prohibieron los licores espirituosos, para que de este modo no cometieran tantos excesos, y para su limpieza instituyeron otras leyes con que se reprimen y fobos, pues jamás hablan de buena fe, ni cumplen sus palabras, á pesar que en su exterior aparentan todo lo contrario, pues parecen ser consecuentes y verdaderos amigos.

Idioma. En el imperio de Marruecos abunda mucho la lengua española, la árabe (que ellos llaman la *harvia*), el hebreo, el turco (que ellos llaman el *serja*), y el ciego de los negros.

Monedas. En general sus monedas son españolas; la peseta vale 12 cuartos morinos, que equivalen en España dos maravedises cada uno; pero estas pesetas han de ser de cruz, pues las demás no las quieren; hay poco dinero, y por lo mismo se encuentra todo muy barato, pues suele valer los cuatro cuartos una docena de huevos, de 12 á 16 un pollo, de 20 á 24 una gallina, etc.

Moro de rey. Todos los moros están armados y dispuestos para la guerra, pero no se llaman moros de rey, sino que se llaman *moros de guerra*. Este es muy soldado, sino aquel que percibe sueldo. Este es muy

corto, pues los de caballería no tienen mas que 32 reales mensuales, y los de infantería 21 siendo de su cuenta mantenerse y equiparse de todo lo necesario; esto consiste en lo escaso que es el imperio de numerario y lo barato que están todos los artículos.

Música. Esta consiste en llevar muchos bombos y una especie de clarinete, con que ejecutan dos ó tres tocas, únicas que saben en todo el imperio, sin que jamás se varíe en lo más mínimo. Esta música ó toca se parece en un todo á la armonía que en España hace la dulzaina, para que bailen los osos, ó una especie de gaita gallega; los demás instrumentos de música particulares, no valen nada, y son en un todo extraños y opuestos á los nuestros. Sin embargo de lo atrasado que están los moros en la música, ninguna nación es tan entusiasta por ella como los moros. (Cuanto les ha de llamar la atención las bandas y charangas de nuestros batallones!!)

Otro día continuaremos hablando de Marruecos.

El secretario de la redacción.
MIGUEL LAMBERTI.

VARIEDADES.

DISCURSO

EL EXCMO. SEÑOR MARQUÉS DE MORA, LEÍDO ANTE LA REAL ACADEMIA DE NOBLES ARTES DE SAN FERNANDO DE MADRID.

Mas hace, señores, de cinco lustros (1) que se celebraba en este mismo sitio una de aquellas ceremonias que marcan como las olimpiadas de las artes, y que se imprimen hondamente en la memoria de quien las contempla.

«Era, señores, aquel día en que, sentada la justicia entre nosotros (según el elocuente dicho de Jovellanos), coronada con una mano á los tiernos atletas, que habían lidiado mas diestramente en el certamen de aplicación y de ingenio, y con otra les señalaba la senda por donde debían caminar á la perfección (2).»

«Mas no la justicia solamente, en su ordinaria representación, cumplía entonces su augusta ministerio, no; el soberano mismo, con el aparato mas imponente de la majestad absoluta, venia (por primera vez en los fastos de la academia) á poner el laurel sobre la frente del ingenio; y á su lado una princesa (3) que los poetas todos habían cantado, que los artistas en vano habían querido retratar, que había abierto las puertas de la patria á cien prosos, y los templos de la ciencia á millares de alumnos, galardonaba á los vencedores en las artes con la prez que estimula más á la juventud, que no el lauro y los tesoros, con la hechicera sonrisa de la belleza.»

Y como si tantas circunstancias no bastaran á suspender la mente embobada de unos, y á exaltar la fogosa imaginación de otros, dos fuerzas, por decirlo así, sobrehumanas, levantaban los ánimos y aceleraban el impulso de los corazones: la muerte con pavores presagios; la esperanza con dulcisos ensueños.

Y así era la verdad, señores; que aquel momento, último que entre nosotros ha ejercido el poder absoluto de los Carlos y Felipe, llevaba ya en la frente el sello del emplazamiento eterno; y á nadie se ocultaba que su hinchada y trémula mano sostenía por última vez la balanza de justicia, y que sus sienes calenturrientas hubieran marchitado las coronas que á los imberbes y animosos alumnos repartía. Y por un contraste singular el apacible semblante de su bella compañera; las nuevas escuadras tricolores de la revolucionada Francia, y de la naciente Bélgica, que cual capullos aquí y allí brillaban; el fogoso entusiasmo de la apinada juventud, que penetraba atropelladamente por entre los dorados escudos de los magnates, parece como que daban á todos en rostro con aquel aroma de tierra mojada que orea los campos, con aquella frescura balsámica que traen consigo las auras, inmediatamente antes que desearguen las tormentosas lluvias de la primavera.

Ni faltaba allí la armonía de cantores sublimes; que los poetas, esos ruisenores de la inteligencia, que cantan siempre en el crepúsculo de la civilización de los pueblos; que presagian, como las aves del cielo, si bien por superior y casi divino instinto, la aurora de la ciencia y la explosión de las tempestades; los vates, digo, llenaban estas bóvedas de sus mágicos conventos, y preocupaban con sus vatínicos los corazones. Uno de ellos, liberal, descendiente de los insignes condestables de Castilla, y duque y embajador á su vez, se atrevía apostrofar así al dueño absoluto de vidas y haciendas:

«Cuando los señores de la tumba oscuras,
Reyes, que humilde el universo honora,
Para siempre habéis en la vida polvo,
Solo las obras del ingenio os podrán inmortalizar.»

Porque fecundo
El germen de las artes bienhechoras
Es de la fama voz, lengua del mundo.

Otro poeta, hijo de la clase media, aunque cortesano encañecido en los palacios, volvía sus ojos, ya casi privados de la luz, hacia los nuevos laureados; y con voz cascada y débil, como la del mismo soberano, les decía que aquel que

No siente en sí la inspiración secreta,
Ni ser artista, ni nació poeta.

Dejadme, señores, que admire aquí un momento las vicisitudes y mudanzas de los tiempos, los inescrutables decretos de la Providencia, las pasmosas peripetias de la historia. Al frente de aquellos alumnos, premiados por Fernando VII, estaban Colomer, Ponciano y Rivera; es decir, el arquitecto, el escultor y el pintor que habían de levantar y adornar el Congreso de los representantes del pueblo sobre unas ruinas, carbonizadas todavía entonces, desde la invasión de los cien mil hijos de San Luis (4). Aquella princesa, cuya risa hacía brotar como flores las esperanzas de los repúblicos y el entusiasmo de los artistas, hoy paladea el amargo fruto del desengaño en la ciudad santa, en donde las ruinas son eternas, y las esperanzas infalibles; y el joven que por primera vez en su vida alzaba en público la voz, y mandaba á estos inmortales lienzos torrencios de ajena armonía (5), es el mismo que, cascado ya por los sucesos, mas aun que por los años, toma hoy vuestro nombre, y pretende en propia y desaliada prosa dar la bienvenida al distinguido compañero á quien llamais entre vosotros.

Este, sin embargo, en la época á que me refiero, no pertenecía á la república de las artes; mas aun, ni siquiera en la vasta y luminosa extensión de estas, ni siquiera en la jurisdicción académica estaba deslindeada la parte del paisaje, que ha dado á D. Nicolás Gato de Lema carta de ciudadanía y título digno y asiento envidiable á vuestro lado. Con todo, ya en aquella circunstancia uno de los preclaros poetas que he citado, el duque de Frias, había hecho del paisaje encomio sublime, diciendo que veía en la campiña de Breda

Al golpe diestro de pincel valiente,
Entre humo denso y nebuloso cielo,
Cimas alzadas del lejano monte
Cerrando el horizonte;

Y el otro poeta, Arriaza, añade que

El mismo sol se asombraba
De no poder dar luz al campo oscuro
Que con él el pincel á eterna sombra.

Pero no adelantemos el orden de las ideas, y sigamos mas bien al nuevo académico en el erudito razonamiento con que acaba de probar cuán digno es del puesto á que le llamaron vuestros sufragios.

- (1) Junta publica de 27 de marzo de 1832.
- (2) Elogio de las Bellas Artes.
- (3) La reina doña María Cristina de Borbon.
- (4) El actual edificio del Congreso está levantado donde antes el convento del Espíritu Santo; cuya iglesia fue incendiada en 1823 en ocasión que el duque de Angulema, general en jefe del ejército invasor, oia misa en ella.
- (5) En la sesión pública de 1832, á que nos referimos, no pudo el Excmo. señor duque de Frias leer la oda que había compuesto, y lo hizo en su ausencia el autor de este escrito.

Al hacerlo, no me propongo contradecirle ó enmendarle: esto no lo pudiera intentar, mi afecto, ni realizar aquello mi insuficiencia; sino que mas bien me alegraré primero de su argumento hasta colocarme en el punto de vista filosófico, y dirigirlé luego á una sola parte de su vasto diseño, la historia del paisaje en España, mi atención y la vuestra; bien así como el que después de admirar el conjunto de un cuadro maestro, se retira algunos pasos, alucea la mano, recoge con ella los rayos de luz, y observa mas particular y cuidadosamente un lado solo del extenso lienzo.

Permitidme, señores, por tanto, que ni vuelva la vista á las edades india y egipcia, en que el arte no se despojó del carácter simbólico, ni me detenga en las épocas griega y romana, en que el estudio de la humana belleza en su parte material parece como que lo domina y absorbe todo.

Yo me complazco, lo confieso, en ver que, así como el orbe de las criaturas nace allá antes del origen de los tiempos, al solo fiat de su Criador, así las artes españolas nacen á la parte acá de la cruz, á la voz sublime del Evangelio. Verdad es que la naturaleza apareció en la era paradisíaca completa y perfecta, y que el arte nació en esta otra era de gracia, rudo y deforme: es que lo uno era la obra del Criador, y lo otro de la criatura; que es cosa fácil y bella crecer y perfeccionarse bajo el imperio de la inocencia y del poder; y por el contrario, empresa difícil y trabajosa desarrollarse y corregirse desde el estado de abatimiento y de miseria. Fue lo primero obra de omnipotencia, y lo segundo de reparación; á lo uno bastaba la bondad Divina en su inmensidad; para lo otro había de concurrir el albedrío humano, libre sí, pero falible, imperfecto y caído.

En efecto, señores, vosotros lo sabéis, bajo el primer informe edificio de España, donde se alzó una plegaria aceptada al Dios humanado, nacieron juntas las artes todas españolas, la de gobierno y la de legislación; la poesía y la música, la pintura y la escultura, la elocuencia y hasta la dramática. ¡Oh noble, oh grande arquitectura, que en la era de gracia, en la edad moderna, hiciste con tus bóvedas oficio de firmamento, para que bajo ellas naciesen á la voz de la caridad y de la fe tantas maravillas, y para que se repitiese en el mundo intelectual el portento de la creación.

«A medida que esta arte matriz fue creciendo, al paso que fueron elevándose lenta y majestuosamente hacia el cielo sus pilares, como las palmas del desierto, fueron tambien las otras artes robusteciéndose á su sombra. Hízose el imperio mas justo, la legislación mas razonable, la poesía mas sublime, la música mas rica; adquirió fuerza la elocuencia, influjo el drama; y (despidiéndose de aquí adelante de estos ramos del saber humano), gémo no ver que, al crecer nuestras basílicas de los siglos xiii, xiv y xv, la escultura de esbelta, á sus formas y grandiosidad á sus ropajes, la pintura agracia las proporciones del cuerpo humano, y alcanza mas armonía en sus grupos, mayor verdad en sus tintas, mas sentimiento en sus asuntos?»

Al propio tiempo los otros ramos del dibujo germinaban (si es lícito decirlo así) en todas sus distintas aplicaciones; el histórico en los retablos; el que hoy se llama de género ó de costumbres, y aun de caricaturas, en las iniciales, orlas y adornos de los libros de coro; el mismo de paisaje en los códices y devocionarios, los cuales con su exagerada nimiedad, como dice el nuevo académico, mostraban que no era antipática á la civilización cristiana la representación de la naturaleza. Sin embargo, las artes todas no habían dejado aun el amoroso regazo de la Iglesia, y en ella estaba la verdadera pintura (si prescindimos de la labor de los iluminadores) limitada á reproducir la figura humana sin términos, sin campo y sin ambiente.

Bien así como la humanidad misma antes del aco del génesis existía solo en la mente de Dios: inmortal, sí, en su espíritu, porque había de ser emanación de la Divinidad misma, bella en su materia, porque había con la plenitud de los tiempos de dar templo y vestidura al Verbo, encarnado; pero aislada, sola y envuelta por do quiera en la esencia de Dios; del mismo modo la figura humana, en los frescos y en los encaustos antiguos, aparece bella si se quiere y aun espresiva, pero rodeada solo del oro de los retablos ó del azul estrellado de las bóvedas.

De pronto suena por do quiera la voz de Dios, como si pronunciase de nuevo para las artes aquel antiguo precepto de creer y multiplicarse y llenar la tierra: á su eco salen del santuario encampanadas, como las aves del arca salvadora; la figura humana campea en medio de las bellezas de la creación; á sus pies estendidos alfombras de verdura esmaltadas de flores; las fieras lamen sus plantas, y los bosques le dan sombra, y los mares y las empinadas sierras limitan solo sus apartados horizontes.

Esta voz divina, que renueva el antiguo portento, ¿necesitaré decirlo? es la imprenta; ella resuena en todas partes, halla eco en todas las naciones, propaga todos los conocimientos, hierre todas las inteligencias, difunde la ilustración, comunica el buen gusto; y de una y otra nacen naturalmente á principios del siglo xvi, ya la mayor aplicación del arte pictórico á otros objetos que al ornato de los templos, ya la fuerza y lozanía de muchos ramos, que como hemos dicho, germinaban ocultos en los manuscritos, ya la prepotencia, en fin, de la pintura histórica, heroica, de retratos, de costumbres, de paisés.

Muchos son los que acusan á esta época de haber dado origen á la escuela inconsideradamente naturalista, y se lamentan de ello. No sé yo quien disculpe el exceso en este punto; yo, que tengo por rudeza del arte el convertirlo en mero instrumento para la enunciación simbólica de dogmas sagrados, tengo por impiedad que rebaje los misterios y asuntos divinos hasta servir de pretexto para la copia servil de la materia. Hacer del arte casi mera escritura jeroglífica, es poquedad indigna de artistas; pero atreverse con él á materializar, solo con una sensual espresión, las cosas santas, si no es sacrilegio indigno de hombres, es por lo menos error impropio de cristianos.

Con todo, ni Jorge Inglés, ni Antonio del Rincon, ni pintor alguno de los que ya florecían en España al terminar el siglo xv, merecen esta censura; su hábil gratitud nos legó en verdad los preciosos retratos del marqués de Santillana y de los reyes católicos; pero nos los dejaron tales como fueron aquellos insignes personajes: allegados al santuario, reverentes, piadosos, adornados solo con los atavíos de su respectiva dignidad. No se propusieron aquellos maestros como otros, á entrometer á sus Mecenas en el tabernáculo, y á disfrazarlos con el manto y el nimbo de la santidad; ni menos buscaron con impio naturalismo en las tahonas y encrucijadas, ó en otros sitios menos honestos, modelos para representarnos á la Virgen de las Virgenes, á la Madre inmaculada del Verbo eterno.

Estos artistas fueron tambien los primeros en España, á lo que yo creo, que arrancando las figuras humanas del fondo dorado de los retablos, hicieron entrar el paisaje como accesorio en sus composiciones. Verdad es que sus vistas carecen de perspectiva, como sus figuras de movimiento; pero no hay que pedir mas á la infancia del arte, tímido y como pudoroso por su propia inesperienza. Eran además aquellos los tiempos en que la centelleante mirada del adalid se ocultaba bajo el casco, y la púdica sonrisa de la enamorada no pasaba el antifaz. ¿Que mucho que anduviera el pincel inesperto, y que recatara los sentimientos mismos que le movían?

Llegamos ya al fausto siglo xvi, época grande, en que por primera vez se pudieron grabar en un mismo

escudo del alcázar imperial de Toledo las inven cibles torres de Castilla y las peregrinantes barras de Aragón: Era feliz en que pudo ofrecerse en la antigua basílica de Recaredo el oro de América y del Darro, y la seda cultivada por manos cristianas para los ornamentos católicos, ya al abrigo de los muros de Orán, ya en las risueñas vegas del feracísimo Genil. ¡Momento afortunado en que se concentró la soberanía, y se irradió y se divide la ilustración! ¡en que el valor español lleva alende los Alpes el brillo del acero del Gran Capitán, y reporta en cambio las tablas de Rafael y los lienzos de Tiziano!

Acumulanse, pues, á la sazón en España las dotes y excelencias de todas las escuelas de Italia; y repartíndose luego en las diversas provincias de nuestra península, dan origen y riqueza á dinastías de artistas. Con la corrección y sentimiento del arte romano, con la grandiosidad y elegancia del florentino, con el vivo color y mágico ambiente del veneciano, se forman á porfia las varias escuelas de nuestra patria, entre las cuales, tres solas me permitireis citar, la de Toledo, la de Sevilla y la de Valencia.

Un mismo carácter las distingue; mejor dicho, un solo espíritu las anima; y esto no es de admirar á la verdad; antes bien se me hace estraña la estrañeza con que algunos críticos lo notan. Aquel espíritu es, señores, el mismo que guió á Alfonso VI hasta Toledo, á Jaime I hasta Valencia, á San Fernando, y á Isabel hasta las risueñas corrientes del Guadalquivir y del Darro: es el espíritu español, el espíritu religioso. Sin embargo, los grandes fundadores de aquellas tres escuelas matricen no lo profesaron de una manera apocada, como sus predecesores de España; ni lo profetaron, como sus maestros de Italia, con indecorosas mezclas del paganismo; antes bien, arrebatados por el magnífico espectáculo de la naturaleza, colocaron, frecuentemente sus asuntos sagrados, en medio de risueñas campiñas y de floridos valles; y rara vez, casi nunca, se dedicaron á pintar las fúlbilas politeístas, que no conocían su ánimo, y que su piedad, no menos que su razón, repugnaba.

Ya en aquel tiempo el ilustrado sevillano Luis de Vargas, de venerable memoria, se granjeaba el título de *el Jacob de la pintura*, porque su amor y su posesión le costaron siete años, y otros siete, no ya de estudio y aprendizaje en Italia, sino de aragonesa emigración y de dura servidumbre en casa de un dueño como Perino del Vaga, que esplotaba el talento de sus discípulos, menos en pro de su honra, que de su caudal. Pero al cabo de tan larga prueba, torna Vargas á las orillas del Guadalquivir, poseedor, ó mas bien esposo de aquella arte agriaciada y pura que tanto amaba; y entonces no encierra ya su amor en los estrechos tabernáculos del tiempo antiguo, sino que lo saca al aire libre, lo establece en fondos extensos, y allí le da grandiosidad y movimiento. Nuevo Miguel Angel, se atreve á reproducir el tremendo día del juicio final (1); y valientes escorzos y frescos admirables salen del inspirado pincel del devoto artista, patriarca en verdad de aquella escuela sevillana, cuya descendencia, hoy es, y aun llena el mundo con sus inimitables maravillas.

Mientras esto acontecía junto al antiguo alcázar de Alfonso el Sabio y Pedro el Justiciero, igual fenómeno se observaba en la ciudad de Alfonso el Magnánimo y Pedro el Ceremonioso: en Valencia el joven y devoto Juan de Juanes (ó si se quiere, Vicente Macip) renuncia

Al campo venturoso,
Donde con bella corriente
Guadalquivir undoso;
Dejando el suelo abondo
Da tributo al mar potente.

y con igual propósito que su contemporáneo Vargas, pasa á Italia, si no á recibir los preceptos orales del pintor de Galatea, Rafael, por lo menos á seguir, tan de cerca sus máximas, que pudiera la prosperidad tomarse por discípulo suyo muy aventajado. De allí traigo la admirable corrección del dibujo, la espression filosófica de los afectos y el agrupamiento clásico de las figuras; pero no pudo traer, ni fueron aprendidas, si no inspiradas, la pureza ideal y sobrehumana de sus Virgenes, la amabilísima y verdaderamente divina majestad de sus salvadores. Inspirados, sí, y no por el sensual entusiasmo del corazón, sino por el místico arroamiento del alma.

Vargas veía las sombras de sus escorzos en el secreto de sus maceraciones y penitencias, que luego descubrió la muerte; Juanes adivinaba la belleza de sus imágenes en la altura de la oración, en la fuente sublime, en el banquete celestial de donde emana toda dulzura, toda belleza, toda perfección inecradas.

Y no veis claro, señores, si contraponéis á esto el estudio que se hacía á la sazón en Italia de las voluptuosas termas de Diocleciano, del aureo palacio de Nerón y de los demás monumentos gentiles recién descubiertos? Y si tomáis en cuenta el modo de vivir de los Médicos, de los Guozagras y de los Parnesios, ¿no veis, digo, el motivo diferencial de la idealidad metahética humana de los italianos, y de la idealidad soberana y mente ascética de los españoles de aquella época?

No hace á mi propósito ahora profundizar en esto; lo que debo, sí, decir en loor del Rafael valenciano, es que él fue quien introdujo en su escuela la pintura del paisaje; sin perspectiva, es verdad, y sin ambiente, como el de Sanzio; pero quizá con mas verdad y mas variados accidentes. Mejor testimonio de ello que las tablas del martirio de San Esteban (2), y que la Visitación de Santa Isabel (num. 73) que posee nuestro Museo, son el cuadro de la formación de Adán y Eva, que se conserva en San Nicolás de Valencia, y cuya frescura asombraba al erudito Cean-Bermúdez (3); la Virgen de la Leche, que posee nuestro nuevo compañero, la Madre de Dios con Santa Inés y el venerable Agnesio, que disfruta hoy D. Francisco Petis, canónigo de Valencia, y el bautismo del Señor, que adorna la pila sacramental de aquella misma metropolitana.

La analogía del asunto de este último cuadro con otro de que voy á hablar, me llaman de nuevo á los salones del museo, adonde antes nos hemos asomado de paso; venid conmigo, si os place, á uno de la escuela española; y allí en un rincón fijad la vista en una tabla, apenas de media vara de dimensión, pero de inestimable precio, marcada con el número 314 del catálogo. Trajola el artista un joven rojizo, por trofeo y testimonio de sus estudiosas conquistas; y bien que represente, como he indicado, el bautismo de Jesús y las estensas márgenes del Jordán, harlo recuerda las pintorescas riberas del Arno y del Pó, y aún sé qué del imponente curso del Ebro. Es sin duda que el monje Fr. Vicente, del monasterio de la Estrella, junto á Logroño, había guiado los primeros pasos del artista, y que Ticiano de Vecelli había perfeccionado luego su instrucción. ¿Queréis saber ahora quien es este desgraciado autor? Pues leed las palabras que el finix de nuestros ingenios, Lope de Vega, le atribuye:

No quiso el cielo que hablase,
Porque con mi entendimiento
Deseaba muy sentimiento
A las cosas que pintase:
Y tanta vida las di
Con el pincel singular,
Que como no pude hablar,
Hice que hablasen por mí.

- (1) Pintado al fresco en el patio de la casa de la Misericordia en Sevilla.
- (2) Por ser conocidos estos cuadros y los demás que citamos del real Museo de pinturas, indicamos solo el número respectivo que los distingue en el catálogo.
- (3) Diccionario histórico de los mas ilustres profesores de bellas artes en España; artículo *Juanes*.

[Inútil armonía! El desgraciado Juan Fernandez Navarrete, sordo-mudo desde la cuna, no podía comprender. Pero ¿quién mejor que él en cambio ha sentido la admirable armonía del color, la simpática consonancia de los objetos, de las tintas, de las sombras? Aprendióla en parte con el rey de los coloristas, Ticiano, y digo en parte, porque, ya al ir á la escuela veneciana, llevaba el mudo en su mente abstraída y privada de los encantos del sonido el germen de su sublime inspiración; y al regresar de las lagunas del Adriático, silenciosas para todos, encontró en las riberas feraces de la Rioja su patria, en las quebradas márgenes del Tago y del Clamores, las visuales armonías que su oído no experimentaba, pero que su hábil pincel supo transmitir en eco misterioso y sublime.

Veid aquí, señores, los tres fundadores del paisaje en España, Vargas, Juanes y Navarrete. La escuela de Andalucía, de Valencia y de Castilla, conquistado que hubieron por el esfuerzo de estos piadosos artistas el clasicismo de Roma, el colorido de Venecia y la grandiosidad de Florencia, lo pusieron todo al servicio de la bella y risueña naturaleza que fecundó el Bétis, el Tago y el Tago; y aun mas principalmente lo ofrecieron todo en holocausto al autor de la naturaleza misma, al nimen eterno del genio español, á quien pudieron decir con Herrera:

Tú, Dios de nuestros padres, tú eres diestra,
En salud y gloria nuestra.

Desde este momento, señores, bien que el paisaje por sí solo no constituya (si puedo hablar así) una región aislada, una provincia independiente en el vasto imperio de la pintura española; con todo, contribuye con su riqueza y abre su territorio á las grandes glorias de nuestros maestros. El presta la profundidad de sus grutas y la aspereza de sus yermos al pincel místico y penitente, guiado por la fe y volcánizado por la caridad. El franquea la anchura de sus planicies y la escurbididad de sus colinas al que, impelido de entusiasmo bélico, revuelve en ellas los invencibles tercios españoles. El, en fin, convida con lo delicioso de los jardines, lo florido de las campiñas, lo cerrado de los bosques y enramadas, al que, movido de mas dulces afectos, recrea los hurtos de amor, descansa de las fatigas de la agricultura, ó se apresta al ejercicio de la mortaja.

La fe, el patriotismo, el amor: hé aquí la sutesis de nuestra historia, y á la vez el triple radical de la inspiración española; el paisaje ha sido por él, como todo el arte, fecundizado y embellecido. Volved, sino, la vista, señores, á la escuela valenciana, y notareéis como los mas humildes imitadores de Juanes, su fundador, es á saber, su propio hijo, el P. Borras, Domenech y otros, dan igual importancia que su maestro al paisaje, y mayor atención y esmero á los detalles: como Rivalta, aun después que el amor le hace desertar de los talleres de Juanes y de las márgenes del Tago, para adquirir en Italia y en los oscuros cuadros de Sebastian del Piombo ciencia y caudal con que dotar á la fiel compañera de sus amores; aun entonces, digo, no desdén en sus mas bellos lienzos el accesorio del paisaje y la fiel reproducción de la naturaleza inanimada.

Su hijo le imita en esto: su discípulo Castañeda pinta el bello paisaje del descanso de la Virgen en Egipto; Francisco Zariena, discípulo tambien de Rivalta, y sus hijos Cristóbal y Juan, dan al pais la importancia que su maestro y que su modelo Ticiano. Los tres Espinosa, abuelo, hijo y nieto, siguen igual rumbo. Oriente estudiando la fecundidad del pincel, que había amestrado en Basano, á las maravillas todas de la creación; y su discípulo Esteban March, por el contrario, se complace en el estrago de los combates y en la polvorosa confusión de las batallas.

¿Cómo pasar en silencio al españolito Rivera? Bien puede Jativa, la patria de los Pontífices, jactarse mas de este nuevo hijo; bien puede Rivalta gloriarse de haber tenido por discípulo á quien dío luego consejos á Velazquez; bien puede, en fin, la escuela valenciana estar ufana con un alumno que fué admiración y panto del mundo.

Mendigo y opulento, libertino y asceta, enamorado y escéptico, todo lo intentó, lo avasalló todo: la cruzada de la suerte, los halazgos de la fortuna, la penalidad de los viajes, los tiros de la envidia, la variedad de los estudios, los tesoros de la naturaleza; tierno como Correggio, aspero como Caravaggio, anatómico como Miguel Angel, idealista como Rafael, naturalista como Rubens. Llegaos, si no, al Museo; contemplad el *Sueño de Jacob* (num. 116); yo, que en este momento soy palasista, no me arrabraré en la angélica inmensa, escala que desde la tierra penetra en los cielos; yo aguardaré que se calme la respiración ahogada del cansado patriarca; que se disipe su místico ensueño; que continúe su peregrinación hacia la tierra de Haran; y aun después de todo esto, quedará ante mi vista el gigantesco tronco que le resguardaba, la memorable y consagrada piedra en que ha reclinado su cabeza, el lugar terrible, el pavoroso Bethel, en que había oído la voz de Dios; y la atmósfera ardiente que solo la Biblia ha sabido describir, y que nadie mejor que Rivera ha logrado retratar (1).

(La conclusion en el número inmediato.)
EL MARQUÉS DE MOLINS.

ESPECTACULOS.

TEATRO DEL PRINCIPE.—A las ocho.—Función 27 de